

ALGUNAS INFORMACIONES DE INTRODUCCIÓN A UN ESTUDIO SOBRE LOS CHANÉ

POR

E. PALAVECINO

INTRODUCCIÓN

Durante los meses de febrero y marzo de 1949, con acuerdo del señor Director del Instituto del Museo Dr. Emiliano J. Mac Donagh, realicé un nuevo viaje etnográfico y antropológico al Chaco salteño. Dos eran las finalidades que me impulsaron a planear ese viaje; observar, por primera vez íntegramente, el desarrollo del carnaval de los indios chané y completar observaciones etnográficas emprendidas en viajes anteriores.

Los viajes de referencia fueron cinco, cumplidos en las fechas siguientes: marzo de 1938: recorrido general de los grupos chané de Iquirá, Tuyunti, Capiazuti, río Itiyuro y de los chiriguano del Carapari y Playa Ancha. Fué durante este viaje que pude coleccionar las primeras máscaras de los chané, cuya forma, hasta entonces no conocida en la bibliografía etnográfica, me llamó la atención sobre el carnaval de estos indios, que ningún etnógrafo profesional había podido observar personalmente. Se trataba de máscaras salvadas de la destrucción ritual por ausencia de los propietarios en el último día.

En 1940, en el mes de diciembre, regresé a los mismos lugares en plan de recoger materiales etnográficos, especialmente alfarerías.

En 1941, presencié el carnaval chiriguano en el río Carapari, pero no pude quedarme hasta el final de la fiesta, prolongado más allá de los límites del calendario. En esta oportunidad mi colección de máscaras chané y chiriguanas llegó a treinta ejemplares.

En 1942, repetí la excursión por muy pocos días, con el solo fin de realizar recolección de material, logrando nuevos ejemplares. En fe-

brero y marzo de 1943 nuevamente me fué dado aumentar las colecciones de alfarerías y máscaras.

Debe advertirse que todos los viajes referidos fueron emprendidos al margen de otra tarea, más larga e importante, que era la de conocer a fondo la cultura de los recolectores y pescadores chaqueños y a la cual he dedicado largo tiempo; por esta razón mis excursiones a los chané fueron realizadas en forma tan irregular como queda expuesto. No obstante ello, el cuerpo de observaciones obtenido puede considerarse como un aporte que, si bien repite en parte hechos conocidos, en no escasa proporción completa lo observado por otros autores y revela, como en el caso de las máscaras y de la fiesta del carnaval, rasgos culturales no registrados hasta la fecha.

El viaje de 1949 pues, fué planeado para poder seguir el desarrollo íntegro del carnaval, desde su comienzo hasta el final y coleccionar la mayor cantidad posible de máscaras usadas en la fiesta. Sobre esa celebración teníamos tan solo referencias de segunda mano publicadas por Métraux y algunas muy incompletas como las de Bernardino de Nino. Por lo demás las descripciones conocidas conciernen exclusivamente a los chiriguano, tribu que, aunque usualmente se describe como poseedora de un patrimonio idéntico al de los chané, presenta, según pude comprobar, diferencias y matices que oportunamente serán señalados.

La mayor parte del escaso tiempo que duraron los viajes fueron dedicados a la observación del grupo chané de Tuyunti, pero la presencia circunstancial de un grupo de indios chané del Izozog radicados desde hace unos ocho años en territorio argentino, me permitió realizar un estudio comparativo entre unos y otros, registrando una notable diferencia tanto en la pérdida como en la conservación de los rasgos originales.

Debemos a Kersten un excelente resumen de la historia de los chané, que fué posteriormente ampliado por Métraux con la transcripción de referencias de cronistas. La situación de esos indios como esclavos de los chiriguano invasores, es bien conocida desde hace siglos. Su stirpe originaria es arawak y representan al grupo más austral que se halla a occidente; sus amos, los conquistadores chiriguano, les comunicaron, entre otros rasgos fundamentales de su cultura, el idioma guaraní que hoy hablan. Nordenskiöld, a comienzos del presente siglo, pudo todavía recoger de boca de algunos viejos, algunas palabras arawak; pero mis esfuerzos para lograr otro tanto fracasaron siempre. El idioma ancestral puede considerarse totalmente olvidado. No obstante, al hacer anotaciones de vocabulario, pude advertir que en ciertos casos los chané emplean palabras que, sin dejar de ser guaraníes no son exac-

tamente las mismas que usan los chiriguano; me inclino a creer que se trata de formas arcaicas guaraníes mejor conservadas entre los chané que entre los chiriguano.

En materia económica los chané son todavía cultivadores del maíz en escala considerable. Sus viviendas son ranchos de planta rectangular con techo a dos aguas y en el moblaje se advierte ya, una marcada influencia del blanco. En lo referente a vestimenta, predomina francamente la manera europea. Frente a los avances de rasgos culturales tomados en préstamo, aparecen en contraste, un notable desarrollo de la alfarería nativa que todavía, salvo excepciones recientes florece en modelos tradicionales, la celebración del carnaval que recuerda de modo intenso las danzas de máscaras de los indios amazónicos y la práctica, todavía vigente, de inhumar los cadáveres en urnas bajo el piso de las viviendas. En el orden social y religioso se advierte la presencia de elementos nativos aunque sumergidos en la marea de lo foráneo.

LA ACULTURACIÓN EN LOS CHANÉ

En la aculturación de los indios chané es menester distinguir dos etapas: Una histórica aborígen que se inicia en el momento en que son invadidos y sometidos por los chiriguano y otra, histórica también pero europea, que se inicia alrededor de 1790 con la colonización del Carapari por el sargento mayor Inocencio Acosta, alcalde ordinario de segundo voto de la ciudad de Orán, quien posee allí, en 1793 una "casa de campo" y que construye "un fortín de setenta varas en cuadro con cuatro cubos para su defensa de los indios enemigos chiriguanos y Chaneses" ayudado por otros colonos quienes en total con su familia y servidumbre totalizaban 74 almas.¹

Posteriormente, el área de colonización fué ensanchada, hasta que con la instalación de explotaciones de bosques y de petróleo y con la construcción de la línea de ferrocarril, que data de pocas décadas, se amplió y densificó la población blanca aumentando la masa de portadores de cultura europea en la región.

Estos contactos despertaron en los chané apetencias y deseos relativos a la posesión de bienes que no estaban ni están en condiciones de producir, y que no podían procurarse sino trabajando para el blanco en forma regular.

Esta servidumbre trajo como consecuencia inmediata una profunda alteración de los hábitos nativos, restringiendo ciertas actividades y

¹ Zorreguieta, Mariano. Apuntes históricos de la provincia de Salta, 3ª Edición, Salta 1877. 1 vol. p. 65-67.

estimulando y modificando otras, al par que se adoptaban totalmente o en parte nuevos elementos. Sin entrar demasiado hondamente en el análisis del resultado del impacto de la cultura europea en el indio, hemos podido verificar en nuestros viajes algunas observaciones que atañen, no solamente a la directa recepción de elementos extraños, sino también a la indirecta vía de entrada de los mismos. De la rapidez de estas modificaciones nos es posible dar testimonio, ya que algunas de ellas se han cumplido en el breve lapso de la década transcurrida entre mi primer viaje en 1938 y el último en 1949.

Sucinta y ordenadamente expuestas, las modificaciones aludidas son las siguientes:

Procura del alimento. — Aunque fundamentalmente los chané siguen siendo agricultores de maíz como en los viejos tiempos, su dieta se ha modificado por la introducción de la carne de vacuno en sustitución de la poca que obtenían otrora. La cantidad de carne vacuna que comen es escasa y generalmente la hierven. Parece ser que este reducido consumo responde en parte al hábito nativo de una dieta más bien pobre en proteicos, o bien a la marcada preferencia que muestran por gastar su dinero en vestidos antes que en alimentos.

El pan fabricado con harina de trigo que compran en las panaderías, es también consumido en cantidad reducida aunque con gran gusto. Cuando yo les convidaba con algunos pedazos, lo recibían siempre con especial placer. Preferían la variedad conocida con el nombre de “criollo” de masa compacta y algo mezclado con grasa. Más que pan compraban en los almacenes harina de trigo con la que amasan tortas sin levadura que tuestan al rescoldo.

Aparte de estos elementos extraños a su dieta nativa los chané no reciben de los blancos otra contribución que la del azúcar y la yerba mate. Han adquirido desde tiempo atrás el hábito de tomar mate por la tarde con calabaza y bombilla, pero lo que más toman es el “mate cocido” por la mañana endulzado con azúcar blanca.

La masticación de la coca es de gran boga entre los chané, pero no la cultivan. Toda la que consumen la compran a los comerciantes sirio libaneses a elevado precio. En lugar de la clásica “Ilijta” de los coqueeros del altiplano usan bicarbonato de soda. Igualmente habitual es el consumo del vino; y siempre la finalidad perseguida al beberlo es la borrachera.

En general puede decirse que la alimentación de los chané ha sufrido relativamente pocas modificaciones, puesto que su base principal continúa siendo el maíz por ellos cultivado, que consumen preparado de muy diversas maneras.

Tal vez el cambio más importante ocurrido en materia de hábitos

alimenticios es la modificación de las comidas que, por razones fáciles de comprender, se han sincronizado con las de los blancos; por eso los chané hacen hoy día cuatro comidas diarias, cuando las obligaciones de trabajo o las escolares de los niños así se lo exigen.

Por lo demás la técnica de cocina y los utensilios empleados en la preparación de los alimentos siguen inmutados.

Animales domésticos.— Cerca de las casas suelen verse gallinas, patos, pero estos volátiles son criados más bien con fines comerciales. Esto no significa que en alguna ocasión excepcional como ser la visita de un pariente lejano o la celebración de una fiesta, no pueda el dueño comerse alguno, pero normalmente se reservan estos animalitos para la venta entre los blancos del pueblo cercano.

El uso del caballo es excepcional. Las actividades normales de los chané no lo requieren, pero no obstante ello algunos lo tienen aunque lo utilizan relativamente poco.

Actividades comerciales.— Por supuesto, la mayor parte de los medios de pago de los chané provienen del producto de sus salarios, pero al margen de los recursos obtenidos directamente por la prestación de servicios, una fuente regular de ingresos está constituida por la comercialización de los productos de las huertas. Las mujeres chané son proveedoras de casi todo el maíz tierno (choclos), que los blancos comen en el pueblo y venden además zapallos, porotos, melones y sandías.

Esa venta se realiza por dinero a los que no son comerciantes, pero los almaceneros pagan con mercadería y suelen comprar cantidades superiores a las que requiere su consumo personal para revenderlas con ganancia. El chané prefiere la venta por dinero. Este comercio está en manos de las mujeres, quienes desde temprano llegan al pueblo para ofrecer su mercancía de puerta en puerta. Realizada la venta hacen su propia provista y regresan al mediodía a sus casas. En la actividad han desarrollado un fino sentido comercial y su trato es honesto.

En general parece ser que el producto de la venta del maíz y los frutos de la chacra se considera una propiedad de la mujer, aunque ella lo emplea en cosas que todos comen o en vestidos que tanto ella como sus hijos menores usan.

Además de la venta de verduras, otra fuente de ingresos para la india chané es la venta de alfarerías. La destreza de estas indias como alfareras es bien conocida. Sin embargo, las exigencias de la clientela blanca les han obligado a alterar las formas y la decoración original en cierto grado. Desde luego la técnica del modelado no se ha modificado en nada pero sí las formas. En el proceso se advierte en primer lugar un cambio o adaptación de las formas nativas; así por ejemplo los bellos "yambui" o cántaros para el agua suelen hacerlos más grandes y resis-

tentes cuando los destinan para la venta. La decoración de estos "yambui" suele ser fitomórfica en oposición a la puramente geométrica que ellos prefieren en los modelos de uso propio. Este fitomorfismo es de adquisición reciente bajo el estímulo de la demanda.

Al mismo estímulo responde la adopción de formas extrañas no solamente al patrimonio cultural chané, sino también al de los indios americanos en general, tales como la jarra con vertedera a la que agregan decoración "sur demande", consistente unas veces en motivos florales y otras en caras humanas modeladas en relieve sobre el cuello de la pieza. Se agregan a estas un par de brazos esbozados para completar la figura, que lleva casi siempre adornos pintados.

Entre las formas nuevas merece ser citada también la yerbera cuya forma, aparentemente al menos, copia la ya conocida entre los criollos pero no es imposible que arranque también del doble vaso o vaso gemelo que suele aparecer como forma aborigen entre los chiriguano. Frecuentemente las yerberas hechas por las alfareras chané asumen la forma, de dos pequeños "yambui" doblemente unidos por el vientre y por un asa en forma de puente que se apoya en los bordes de los recipientes. La pintura de estas piezas es tan pronto floral como nativa.

También está muy difundida otra forma de origen específicamente europeo: es el botijo de dos picos, para agua, copia exacta de la análoga forma española. Este no falta en ninguna casa de criollos o colonos europeos como pieza útil para conservar fresca el agua.

La venta de todos estos productos de las alfareras indias se realiza por intermedio de los comerciantes sirio libaneses quienes, naturalmente, ganan sobre ellas.

Repito que la técnica de confección por modelado mediante el agregado de anillos permanece inalterada; pero la pintura, según ví en este último viaje comienza a registrar una alarmante sustitución. Los bellos colores obtenidos mediante los ocre aplicados con finos pinceles de pelo de acuti, comienzan a ser sustituidos por pinturas industriales y, en particular, por pinturas industriales de colores vivos y cuya gama brillante incita a la alfarera a elegir colores que no estaban en su registro nativo: el verde y el azul por ejemplo. Es una deplorable aunque incipiente epidemia de mal gusto, que amenaza con extinguir un bello arte genuinamente aborigen, casi milagrosamente conservado en un ángulo olvidado de nuestro territorio.

Plateria. — El uso de adornos de plata es ya antiguo entre los chané y los chiriguano. No es imposible que en tiempos prehispánicos estos indios hayan conocido el laboreo de la plata por sus contactos con las civilizaciones andinas; en la actualidad hay entre los chané de Tu-

yunti un indio platero que mediante el batido de monedas bolivianas confecciona pendientes y otros objetos de adorno.

Herramientas y útiles. — El elenco de instrumentos agrícolas nativos está ya desterrado desde hace mucho tiempo. El arado no se usa todavía, pues se labra a pala, pero esta pala es de hierro, de cabo largo, tal como se la utiliza en Bolivia entre los blancos; poseen también los chané cuchillos y machetes así como hachas de acero con las que derriban los árboles para hacer lugar a sus cultivos. Sin embargo su método de preparar el campo es todavía el primitivo de desmonte rozado a fuego y siembra en los espacios libres entre los troncos caídos y semicarbonizados. Por supuesto, también el sistema de propiedad vigente es el aborigen.

A pesar de tener herramientas aptas para el labrado de la madera los chané compran los utensilios de ese material (platos y fuentes) a los indios mataco que tienen una cierta experiencia en tal trabajo. Esa preferencia por comprar las cosas ya hechas, aunque tengan la posibilidad de fabricarlas por sí mismos, creo que obedece al hecho de que los mataco las venden a muy bajo precio.

Vestimenta. — En materia de vestimenta, desde hace ya mucho tiempo los hombres chané adultos visten a la europea; tan solo ocasionalmente sus sandalias de cuero u ojotas recuerdan la vestimenta aborigen, aunque no específicamente chané. Hasta hace poco tiempo podía verse de vez en cuando un hombre viejo, con su pelo largo arrollado en torno a la cabeza y ostentando su tembeta; pero, muertos estos, ya no queda ninguno fiel a la vieja usanza nativa; la totalidad de los hombres lleva el cabello corto y el uso del tembeta es solamente un recuerdo.

Las mujeres, más conservadoras o económicamente más pobres, han tardado más tiempo en adoptar el vestido de sus congéneres europeas. Todavía muchas llevan para su rutina diaria el tipo o teru confeccionado con telas europeas, resabio de la túnica tubular tejida sin costura en el telar arawak, tal como hoy día todavía la tejen los chané de Bolivia.

La túnica ancha, cubre a las indias desde los hombros hasta media pantorrilla: prefieren para su confección telas de seda y terciopelo de colores vivos: no obstante ello, en 1938 pude ver mujeres con túnicas negras, llevadas aún en tareas tan impropias como la cosecha del maíz.

La escasez y carestía de telas que trajo aparejada la guerra mundial alejó de los chané la posibilidad de comprar esos tejidos y su gusto se volvió hacia los tejidos de algodón estampado que generalmente compran confeccionados.

Para su adorno las chané usan collares de cuentas de mostacilla europea, ensartadas en apretadas hiladas que llegan a cubrir por entero la garganta y parte del pecho.

Descalzas, vestidas con sus tipos de seda o terciopelo, limpias y cuidadosamente peinadas con el cabello estirado y atado a la espalda y con las mejillas enrojadas por el urucu, representaban, por su apariencia, un armónico y, a nuestros ojos, agradable ensamble de lo nativo con lo europeo. Hoy, la mayor parte de ellas vestidas con trajes confeccionados en vista de arquitecturas corporales diferentes, presentan un aspecto mucho menos estético con sus bustos de hombros anchos, su falta de entalle y sus piernas cortas ceñidas por vestidos ajustados.

Los hombres, aunque limpios también, con sus trajes ordinarios y en general poco cuidados tienen una apariencia más bien ciudadana y proletaria que contrasta con el ambiente rural y casi silvestre en que viven.

Vivienda y moblaje. — Sabemos por referencias históricas que los chiriguano y sus esclavos chané vivían en casas comunales de planta circular. Posteriormente adoptaron la casa rectangular para grupos familiares menores, que es la forma que hoy prevalece. Es muy posible que ese cambio se deba a la influencia de los blancos, pero aún dentro de esa forma sugerida subsistía y subsiste en parte aún, una técnica de erección aborígen y un uso intensivo de materiales extraídos del medio geográfico que los chané habitan.

En 1938 la apariencia general de una vivienda chané era la de una construcción nativa sin asomos de empleo de materiales o técnicas extrañas. Hoy la situación ha variado; en Tuyunti son muy pocas las casas cuyas paredes no están constituidas por tablas de desecho de los aserraderos locales, cuyos administradores permiten que los indios las tomen libremente. Con ello el indio gana tiempo en la construcción de su vivienda con ventajas higiénicas indudables; pues obtiene así una pared lisa, sin las grietas que ofrece la vivienda revestida con barro que alberga vinchucas y más ventilada por el imperfecto ajuste de los bordes de las tablas.

Las mismas tablas de desecho le sirven al indio para confeccionar catres, mesas y sillas. Este último mueble es todavía raro, por lo menos en las dimensiones corrientes entre nosotros; todavía los chané prefieren sentarse en escabeles de la típica forma amazónica, que Schmidt llamó de dos paredes paralelas y que tienen vaga semejanza con el armazón de una silla de montar. En cuanto a las mesas son también escasas, pero el uso de catres estaba muy generalizado desde antes, en que se usaban enteramente hechos con varillas o con cañas.

El uso del catre entre los chané responde a una línea de difusión amazónica occidental y seguramente es un elemento nativo que vino a reemplazar a otro del mismo origen, pero más viejo que es la hamaca, de las cuales he alcanzado a ver dos o tres en uso en 1938.

En lo concerniente a organización social, hace ya cierto tiempo que los grupos tribales eran mucho menos coherentes: sin embargo Nordenskiöld llegó a conocer caciques que tenían autoridad sobre los miembros de la tribu. Actualmente el cacique Atcherei de Tuyunti es solamente un jefe nominal; sus gentes no le obedecen ni le respetan, ni acatan su autoridad. El trato con los pobladores les ha enseñado que la verdadera autoridad es la de los blancos, y que el código de conducta es otro que el que regía en los tiempos viejos.

Sin embargo subsisten ciertas prácticas como la unión para el trabajo voluntario en común o "minga" cuyas ventajas resultan aún hoy palpables.

La fiesta del carnaval está mechada con elementos europeos aunque en su esencia permanece aborigen. Los instrumentos musicales son ya en gran parte europeos, como el tambor de membrana extensible por el mismo sistema que los nuestros y los violines diestramente contruidos.

En las prácticas funerarias continúa la costumbre de inhumar los cadáveres en cántaros dentro de las habitaciones, pero ya empieza a usarse el ataúd de madera para ese propósito.

Por fin, en lo que respecta al idioma, el grupo es fuertemente conservador; se habla fundamentalmente el guaraní, pero los hombres jóvenes entienden y hablan bastante el castellano; no ocurre lo mismo con las mujeres que no entienden ni hablan sino un número limitadísimo de palabras.

Los nombres personales, por el momento, son dobles. Cada indio tiene además de un nombre en el propio idioma que es el que considera verdadero, otro, castellano, que es el que emplea en sus relaciones y tratos con los blancos.

Resulta interesante destacar que los chané no aparecen siempre como receptores de elementos culturales extraños. En la breve reseña precedente los hemos visto comunicando algunos productos de su industria en los aspectos en que servían a los fines del blanco, pero en la breve historia de los últimos diez años les he visto actuar como dadores activos de elementos patrimoniales. Así por ejemplo, en el río Itiyuro he visto maticos que después de convivir con los chané como vecinos construyeron casas más grandes, cultivaron más intensivamente el maíz, tuvieron graneros sobre pilotes, fabricaron la típica alfarería guaraní decorada con impresiones unguiguales y se vistieron las mujeres con

tipois. Pude también tomar contacto con un grupo de tobas que por dos años residieron en el mismo lugar y aprendieron a fabricar máscaras de yuchan aunque sin el virtuosismo que los chané revelan poseer en ese arte.

Un estudio psicológico y lingüístico mostraría, a no dudar, aspectos nuevos e interesantes del proceso de aculturación de los chané, pero del análisis de los rasgos materiales mencionados, surge claramente la conclusión de que en líneas generales, la adaptación se está cumpliendo ordenadamente en la medida que las necesidades lo requieren y sin dificultades mayores. Estos indios, viejos agricultores, encuentran siempre su camino hacia nuestra cultura más fácilmente que los nómades, cazadores y pescadores, por lo menos en el orden material. Lo esencial para que el tránsito no resulte desastroso, es que las tierras que cultivan no les sean disputadas y se les otorguen en propiedad.

Otra característica que merece mencionarse es el hecho de que la sustitución de rasgos es gradual; la falta de coacción material o espiritual les permite avanzar en su camino sin que surjan, al menos aparentemente, tensiones graves.

LAS MÁSCARAS Y EL CARNAVAL

Las máscaras obtenidas en el viaje del año 1949 son ciento diez. El material con que están hechas es diverso. La mayor parte de los ejemplares son de madera de palo borracho que, fresca, es de fácil talla. Otras máscaras son de cuero o de calabaza, pero el contacto con el blanco les ha proporcionado otros materiales como la hojalata y el fieltro de los sombreros viejos. Entre los chané dominan las formas talladas en madera, pero entre los chiriguano y los tapii o chané del Izozog prevalecen las otras.

Las máscaras de madera presentan dos tipos divergentes en concepción artística que los indios distinguen con los nombres de "hanti aña" y "aña ndechi". Las primeras presentan una cara fuertemente estilizada con pocas variaciones de forma; y que generalmente tienen sobre la frente un plano rectangular o trapezoidal que ofrece campo para las composiciones decorativas más diversas. Estas máscaras o "hanti aña" reciben su nombre precisamente por la proyección mencionada puesto que en la lengua guaraní, que es la que los chané hablan, "hanti" significa cuerno.

Las "aña ndechi" significa espíritu de viejo, su talla es grotesca o simplemente monstruosa. Es en esta clase de máscaras donde mejor se revela la imaginación de los indios chané y su capacidad de vigorosos tallistas.

Usando calabazas cortadas y adornadas con diferentes aditamentos simulando dientes o bigotes, suelen improvisar también máscaras aunque de menor valor artístico que las precedentes. Con cueros, que a veces corresponden al rostro de un jaguar o de una corzuela o bien con simples pedazos del mismo material que convierten en máscara mediante ciertos cortes sencillos para formar las aberturas de los ojos, la nariz o la boca, fabrican máscaras eficaces. Últimamente se ha generalizado entre los chiriguano y los chané izoseños el uso de la hojalata y el fieltro de los sombreros viejos para la fabricación de las caretas, pero, como rastro de la concepción aborigen, emplean plumas como adorno o complemento.

La celebración del carnaval que en Tuyunti pude ver íntegramente, difiere en su desarrollo de la que presencié parcialmente en el río Carapari.

En Tuyunti la fiesta se inicia cuando, en las casas, cada indio ha preparado una suficiente cantidad de chicha de maíz o "kanwi" y las máscaras, cuidadosamente elaboradas desde días antes, están terminadas. Un día, después de las 12, se oye en un rancho la música del bombo y la flauta; previamente están ya en el lugar, que es el patio de uno de los ranchos, los dueños de casa y algunos celebrantes impacientes que pronto inician el baile. Poco a poco por los senderos se aproximan, en fila india, mujeres y hombres. La mayor parte de los hombres están enmascarados; llevan la cabeza envuelta en trapos, la máscara les cubre escasamente la cara, pero ni un centímetro de la cara o la cabeza les queda descubierto; generalmente sobre sus ropas europeas, las mejores prendas, se ponen un poncho grueso que oculta sus cuerpos hasta las rodillas. Bajo tales vestimentas y al sol de febrero, los enmascarados chané danzan y corren con un olvido total de lo que nosotros y ellos en condiciones normales, consideramos comodidad y bienestar. Las mujeres en ningún caso usan máscaras, pero se atavían con sus mejores ropas que son vestidos europeos o bien tipos de colores brillantes; en la cabeza se ponen flores amarillas y la cara se la pintan con urucu. Tomados de la mano hombres y mujeres forman un círculo que gira más o menos rápidamente. Los bailarines se desplazan con pasos cortos. Algunos formando parejas aisladas bailan fuera o dentro del círculo; generalmente estas parejas están formadas por un hombre y una mujer y suelen danzar frente a frente, con los dedos entrelazados y moviéndose lentamente. Otras veces, grupos de tres o cuatro enmascarados, abrazados en fila, avanzan rítmicamente por fuera de la rueda y, en otros casos, hombres o mujeres bailan solitarios.

Transcurrido un cierto tiempo de la danza, un leve redoble de tam-

bor indica un cambio de dirección en el movimiento de la danza y todo el mundo da vuelta invirtiendo el sentido de la circunambulación.

Otro redoble más fuerte y prolongado señala una pausa del baile. El círculo se rompe y los danzantes se mezclan con los espectadores. Los enmascarados se dirigen a los cántaros colmados de chicha y beben y se sirven sumergiendo en el líquido sus propios recipientes que llevan consigo colgados de la cintura. Los otros circunstantes esperan que se les sirva en las calabazas hendidas que pasan de mano en mano; únicamente las máscaras tienen recipientes propios y exclusivos para beber.

Pasado un rato el baile se reanuda por un tiempo, hasta que se suspende para un nuevo convite de chicha y cuando dos o tres máscaras, corriendo desafortadamente, irrumpen entre los presentes arrojándoles a ellos el maíz residuo de la fabricación de la chicha, todos entienden que la bebida se ha terminado e inician la marcha hacia otra casa donde les aguarda nueva provisión de kanwi. Allí la escena se repite; baile, descanso para beber, nuevo baile y bebida final. Durante la danza casi constantemente afluyen gentes y nuevos enmascarados; algunos fatigados, se retiran; pero el espíritu bullicioso continúa y nadie piensa en el final hasta que se ha agotado la última tinaja en la última casa, cosa que suele suceder recién pasada la medianoche; doce o catorce o más horas de danza y libaciones continuadas no son entre los chané excepcionales.

Al cabo de tal jornada, ya de retorno a sus casas, el día siguiente se destina al descanso; recién al subsiguiente las mujeres se dirigen a los sembrados para recoger maíz; con ello inician un nuevo ciclo que terminará con otra borrachera. Es ya martes, el sábado estará lista la bebida y el domingo será dedicado a otro baile. Así, en tal sucesión alternada de preparativos, consumo y danza llega el día señalado para el final.

En los viajes anteriores, por diferentes razones, nunca pudimos ver el final de la fiesta. Tan solo habíamos obtenido del mismo, descripciones dadas por diferentes testigos presenciales en diferentes lugares; y todos estos testimonios eran sensiblemente uniformes. Pero recién el domingo 13 de marzo nos fué dado seguir en todas sus fases el desarrollo de la fiesta.

Poco después del mediodía llegamos al caserío de la entrada de Tuntaryuti; frente a uno de los ranchos había ya comenzado el baile. Nos llamó la atención la cantidad de tambores y bombos.

Son 14 instrumentistas. Los individuos enmascarados, aparte de los "aña hanti", personifican el jaguar, ovejas y ndechi o viejos. Prevalecen los "aña hanti", con la cabeza envuelta en telas, vestidos con sus mejores ropas, a veces emponchados y profusamente adornados tanto hombres como mujeres, con las flores amarillas de carnaval.

En el interior de la rueda, tres parejas bailan frente a frente entrelazadas sus manos tal como los vimos en el Carapari; a medida que pasa el tiempo aumenta el número de máscaras siempre adornadas con flores de carnaval en la máscara misma, en las botas, y en el pelo. Al redoble del tambor para el baile, circulan las "tutumas" llenas de chicha. Las máscaras tienen sus recipientes propios para beber. No beben en los recipientes comunes que circulan entre todos. Muchas de ellas se retiran a lo lejos, a fin de que al beber nadie les vea la cara. Nuevos toques de bombo llaman al baile que se reanuda empeñosamente. Tres de las máscaras bailan abrazadas llevando en una de sus manos libres unos muñecos de madera articulados y armados entre dos varillas a los que llaman "choropa".

Mujeres sentadas en el suelo, a la sombra, miran impasibles el espectáculo; las máscaras lanzan suavemente gritos inarticulados. La rueda de espectadores, engrosada por algunos blancos es grande. De pronto nos avisan "Va a salir el cuchí". Al poco rato un indio desnudo, totalmente embarrado y corriendo desafortadamente circula entre los espectadores rozándolos y embarrándolos.

Elige para su fechoría a los mejor vestidos y desaparece entre el monte tan rápidamente como llegó. Es el cuchí, el cerdo que se hace presente en la fiesta. En la segunda aparición son tres los cuchis, dos de ellos son niños. En su cara totalmente embarrada, solo resalta el blanco de los ojos.

Algunas de las chiriguanas han sido tocadas. Sus tipoy de seda de colores brillantes están manchados con barro. El baile prosigue todavía un rato más, hasta que de pronto del pequeño rancho donde estaba el cántaro grande con "kanwi" salen corriendo dos o tres máscaras y arrojan al aire y también a la cara y a los vestidos de los circunstantes, puñados del residuo de los granos de maíz que sirvieron para hacer la chicha. Esto es el indicio de que la bebida se ha terminado allí y los participantes se van por un senderito a otra casa.

El baile se reanuda allí de nuevo. Hay más chicha para beber. Ahora hace su aparición un enmascarado con otro atributo de la fiesta. Es una caña de algo más de un metro de largo, que tiene escalonados tres pájaros carpinteros toscamente tallados en madera. La máscara baila empuñando esas imágenes. Nuevamente los cuchis aparecen desde el monte e irrumpen velozmente entre los circunstantes. En las proximidades de cada casa, ocultos entre la maleza, han cavado hoyos y preparado un barro blando en el que se revuelcan los cuchis antes de hacer su aparición. Algunas mujeres bailan con sus hijos pequeños colgados de su "bandu" o "tipoy". El número de los participantes ha aumentado sensiblemente, se repite otra vez la escena de las máscaras

que corren arrojando los residuos sólidos de la chicha o "kauratikue" y de inmediato la procesión, siempre en fila india, emprende el camino a otra casa. Promedia ya la tarde y caminamos todos hacia el fondo de Tuyunti o Tuyunti viejo. Están allí diseminados en torno a un amplio espacio abierto, sombreado de trecho en trecho por algarrobos centenarios, un grupo de casas compuesto por más de doce viviendas. Era ese el lugar destinado a la terminación de la fiesta.

Muchos aguardaban en ese sitio la llegada de la mascarada y otros se habían incorporado a la misma durante la marcha, de modo que al reunirse todos allí se podían contar más de doscientos bailarines en la rueda. La rueda se ensanchó allí considerablemente formándose un inmenso círculo. En ese lugar despejado, con la ayuda de una pala un hombre hizo un hoyo y colocó en él un cántaro semienterrado. En seguida hizo su aparición un enmascarado llevando una gran cruz de tres metros de alto, compuesta de ramas armadas dentro de un gran círculo de lo mismo y totalmente revestida con las flores amarillas del carnaval. Danzó brevemente y luego, junto al cántaro plantó la cruz. Entonces varias mujeres que traían cántaros llenos de chicha los vaciaban en el cántaro grande. Llegaban lentamente y una a una con sus "tipoy" de colores y el cántaro en el hombro, que eran yambui pintados y mientras trasegaban el líquido el tambor tocaba un sordo redoble. Cuatro o cinco veces más, los cuchis o cerdos irrumpieron entre los espectadores, ahora eran once cuchis y provocando fugas y corridas desaparecían en la espesura. El capitán simulaba correrlos amenazándolos con el revólver. De tiempo en tiempo la enorme ronda se fraccionaba en otras menores. Algunos grupos de bailarines suspendiendo momentáneamente su danza se acercaban con su jarrito a beber. Faltaba todavía el drama final que es la lucha entre el toro y el tigre. De pronto de una de las casas salió el tigre. Estaba representado por un hombre que no llevaba más que un taparrabos, tenía manchas pardas pintadas en su cuerpo; su máscara era un simple cuero. Entre los dedos de cada mano llevaba dos palitos que representaban las garras del tigre. Cerca de él una mujer llevaba un lienzo rectangular atado a un palo al que mantenía horizontalmente, de modo que la tela colgante formaba una pantalla con la cual parecía intentar ocultar al tigre de la vista extraña. Algunos enmascarados ladraban muy bajito; simulaban perros acosando al tigre; hasta que este, que se mantenía en cuatro pies saltaban hacia ellos y los tumbaba simulando matarlos con un manotazo en la cabeza. En esos momentos un muchacho tocaba la corneta de caña con bocina de cuerno. En el extremo más opuesto al tigre y al otro lado de la rueda de danzantes, hizo su aparición el toro. También este tenía su correspondiente mujer que con su bandera lo cubría.

Se trataba en realidad de proveer a los dos combatientes de una su- puesta protección contra la vista para que el toro y el tigre no se vieran "demasiado pronto", así nos lo dijeron.

El toro también en cuatro patas tenía igualmente una careta de cuero y cuernos de madera aguzada. Hizo su entrada topando a los circunstantes. Junto a él se ubicaron dos parejas disfrazadas que en sustitución de la máscara tenían un velo oscuro que les cubría la cara. Sus vestidos estaban cambiados, los hombres con vestidos de mu- jer y las mujeres vestidas de hombres. Tomados por la cintura dos a dos contemplaban la escena y se balanceaban rítmicamente.

La ronda seguía bailando. El tigre se acercó hacia el lugar donde hizo su aparición el toro, siempre matando perros y seguido por la mujer que le ocultaba cuidadosamente del toro. Este por su parte tam- bién continuaba topando. Al poco rato de estar en estas acciones, las mujeres les dejaron verse y el toro y el tigre se enfrentaron.

Se contemplaron y se atacaron. El tigre saltaba ágilmente por sobre el toro y éste lo embestía. Después de cuatro o cinco pases de esta clase el tigre golpeó al toro y lo abatió. Simuló cargarlo al hombro y huyó perseguido por las ñañas o máscaras que ladraban. Durante todo el combate, la danza en la rueda grande continuaba gravemente; en torno a los participantes de la lucha se formó una rueda menor, dentro de la cual estaban los disfrazados que formaban parte del cortejo del toro. Estos, una vez terminado el drama, encabezados por un flautista que tocaba una tonada triste, se dirigieron con paso de danza y lenta- mente hacia un rancho, donde cada uno recuperaría sus ropas.

El sol poniente estaba ya muy bajo filtrando sus rayos a través de la arboleda de Tuyunti. La misma rueda de danzantes se abrió for- mando una enorme fila.

Todos los participantes de la fiesta tomados de la mano, danzaban serpenteando entre los árboles, por frente a las casas más cercanas, yendo y viniendo hasta que por fin, saliendo por un costado y bor- deando un enorme espacio abierto, junto al bosque, parecían dirigirse a otra casa. La columna humana seguía el ritmo de los tambores, cuan- do se oyó la voz de un hombre que era el primero de la fila y el que había enterrado el cántaro: "*Mbate ñaña opa*" gritó.

Los tambores pararon y en el silencio total se oyó el golpe seco de máscaras de madera que rompían sus dueños golpeándolas contra los troncos de los árboles. El carnaval había terminado. En ese instante nos lanzamos a la compra de máscaras y pudimos así rescatar muchas de la destrucción ritual.

La Plata, octubre 10 de 1949.

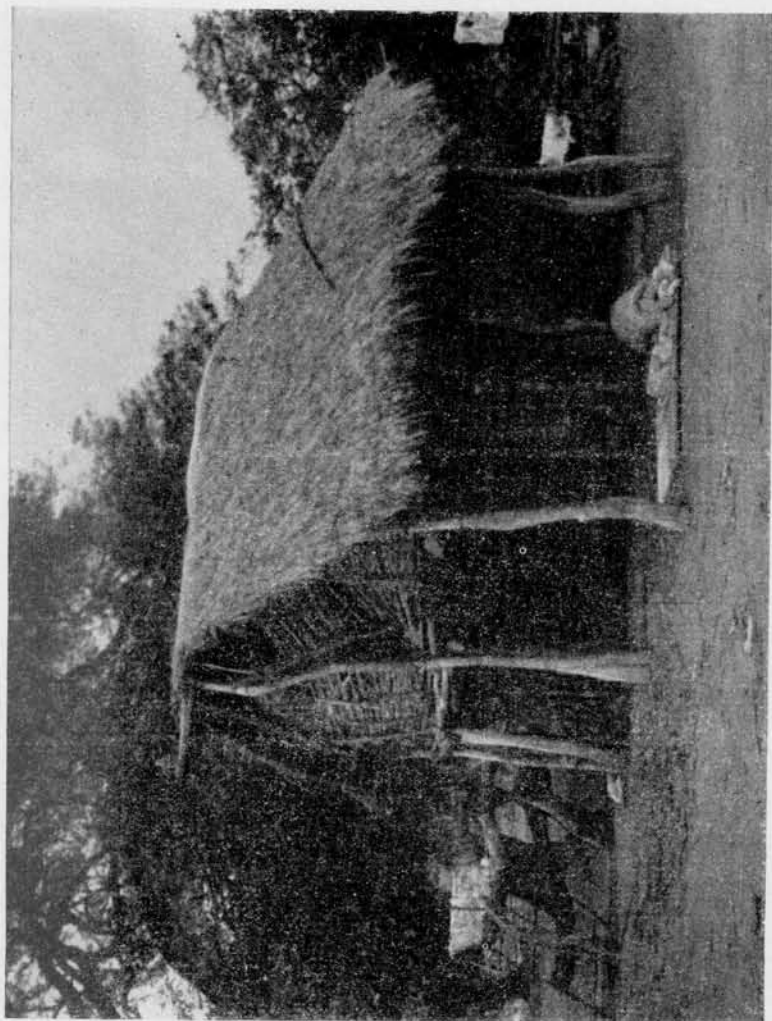


Fig. 1. — Granero de los chané llamado "abatio" en guaraní.

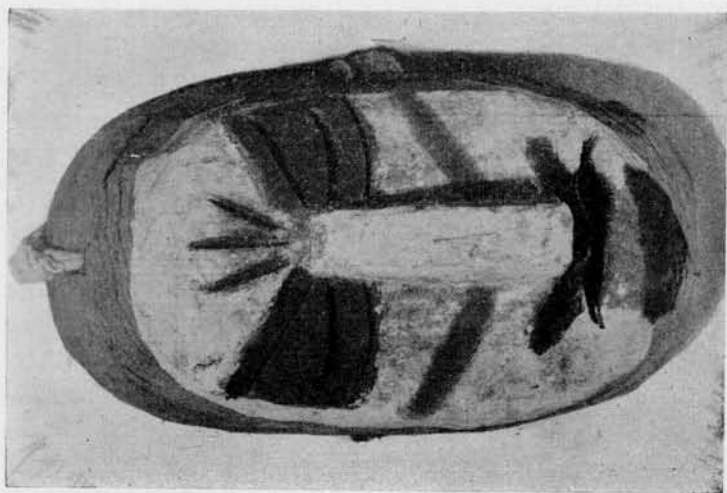
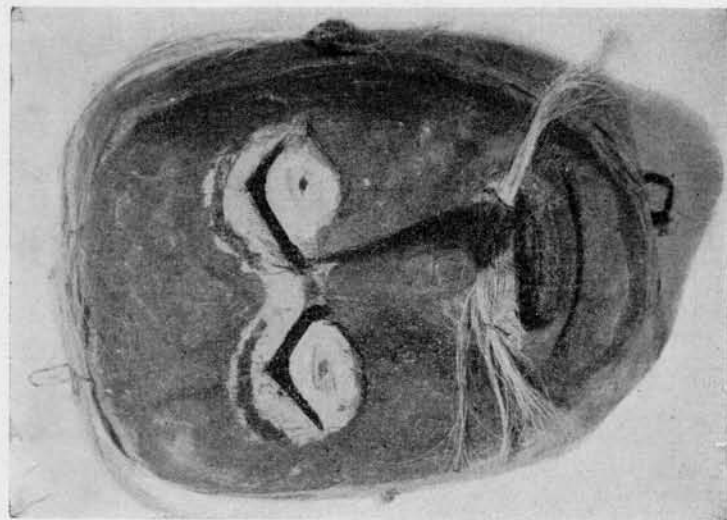


Fig. 2. — Máscaras "aña ndechi" de los chané de Tuyunti.

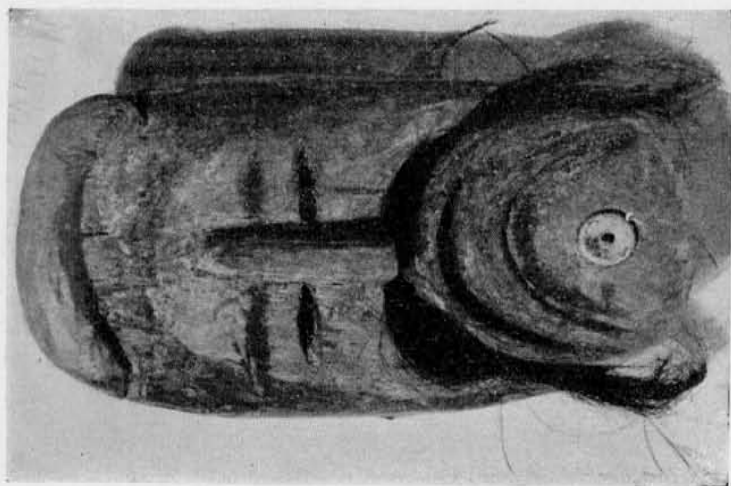
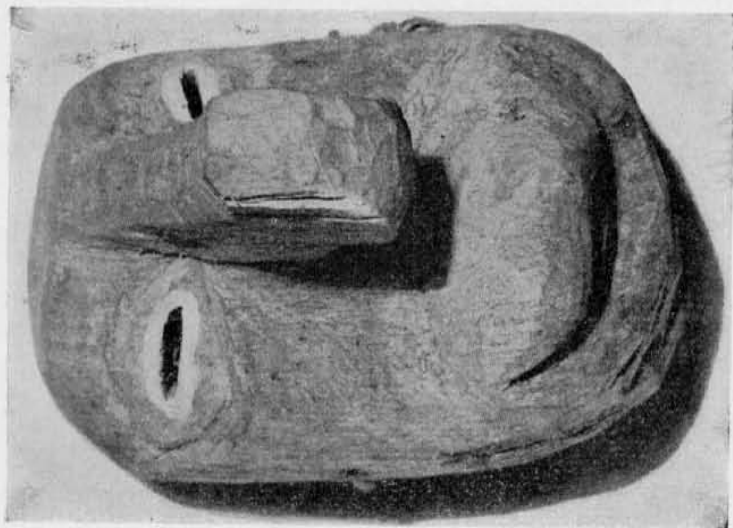


Fig. 3. — Máscaras chané "aña ndechi" la de la izquierda, indicada con la letra "a" pertenece a los Tapil o chané del río Izozog. La otra es de Tuyunti.



Fig. 4. — India mataka del Ibiyuns vistiendo tipoi junto a una alfarería chané y frente a su choza de techo a dos aguas, copiada de la forma chané.

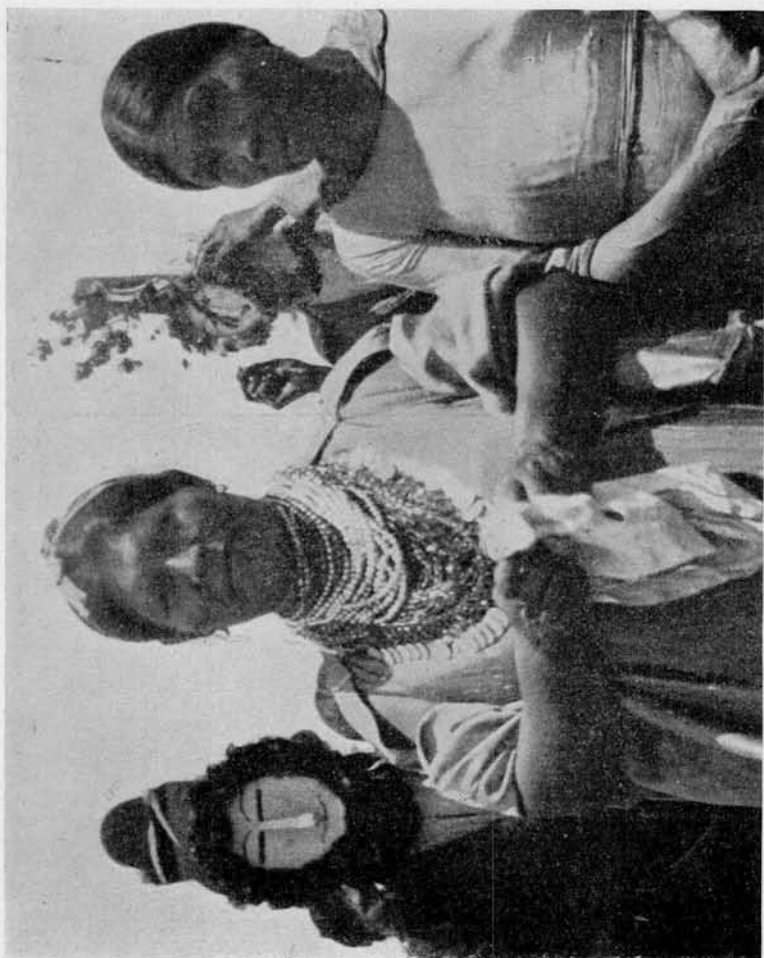


Fig. 5. — Mujeres chané e indios enmascarados con "hanti aña".



Fig. 6. — Rancho chané junto a la sementera de maíz.